

do; mas con el descuido de cosa tan remota, creyó don Rodrigo no lo que quiso decir, sino lo que formalmente dijo; y así (engañado) llevó alguna confianza; que quien de veras ama, se engaña con desengaños.

¶ Ozmin quedó tan triste de ver al descubierto la instancia que en su daño se hacía, que casi salía de juicio con su celo. De manera lo apretó, que de allí adelante no le pudo mas ver el rostro alegre, pareciéndole lo imposible posible. Luchaba consigo mismo, imaginando que el nuevo competidor (como poderoso en su tierra y casa) pudiera valerse de trazas y mañas con que impedirle su intento; siendo cual era tanta su solicitud: temíase no se la mudasen, que las muchas baterías aporillan los fuertes muros, y con secretas minas los postran y ruinan. Con este recelo discurría por el pensamiento á trágicos fines y funestos acaecimientos que se le representaban; mucho lo temía, y algo los creía como perfecto amor. Viendo Daraja tantos dias tan triste á su querido esposo, deseaba con deseo saber la causa; mas ni él se la dijo, ni trató alguna cosa de lo que con don Rodrigo habia pasado. Ella no sabia qué hacer ni cómo poderlo alegrar, aunque con dulces palabras, dichas con regalada lengua, risueña boca y firme corazón, exageradas con los hermosos ojos que la enternecian con el agua que de ellos á ellas bajaban, así le dijo: ¶

¶ Señor de mi libertad, dios que adoro y esposo que obedezco, ¿qué cosa puede ser de tanta fuerza que, estando viva y en vuestra presencia, en mi ofensa os atormente? ¿Podrá por ventura mi vida ser el precio de vuestra alegría, ó cómo la tendreis, para que con ella salga mi alma del infierno de vuestra tristeza, en que está atormentada? Deshaga el alegre cielo de vuestro rostro las nieblas de mi corazón. Si con vos algo puedo; si el amor que os tengo algo merece; si los trabajos en que estoy, á piedad algo os mueven; si no queréis que en vuestro secreto quede sepultada mi vida, suplicoos me digais qué os tiene triste. Aquí paró, que la ahogaba el llanto, haciendo en los dos un mismo efecto; pues no le pudo responder de otro modo que con ardientes y amorosas lágrimas, procurando cada uno con las propias enjugar las ajenas, siendo todas unas por estar impedida la lengua. Ozmin con la opresión de los suspiros, temiendo si los diera ser sentido, tanto los resistió volviéndolos al alma, que le dió un recio desmayo, como si quedara muerto. No sabia Daraja qué hacerse, con qué volverlo, ni cómo consolarle; ni pudo entender cuál pudiera ser ocasión de tanta mudanza en quien estaba siempre alegre. Ocupábase limpiándole el rostro, enjugándole los ojos, poniendo en ellos sus hermosas manos, después de haber mojado un precioso lienzo que en ellas tenía, matizado de oro y plata con otras varias colores, entretejidas en ellas aljófares y perlas de mucha estimación. Tanto se transformaba en esta pena, tan ocupada con sus sentidos todos estaba en remediarla, que si se descuidara un poco los hallara don Rodrigo poco menos que abrazados; porque Daraja le tenía la cabeza reclinada en su rodilla, y él recostado en sus faldas en cuanto en sí volvía; y habiendo ya cobrado mejoría, queriendo despedirse, entró por el jardín. Daraja con la turbación se apartó como pudo, dejándose en el suelo el curioso lienzo que brevemente fué por su dueño puesto en cobro; y viendo que don Rodrigo se acercaba, ella se fué y ellos quedaron solos. Preguntóle qué habia negociado; respondiéndole lo que siempre: «tan firme la halló en el amor de su esposo, que no solo dejará de ser (como pretendes) cristiana, pero que si lo fuera, por él dejara de serlo, volviéndose mora; y á tal extremo llega su locura; el amor de su ley y de su esposo. Háblele tu negocio, y á tí por lo que intentas, y á mí porque lo trato, nos ha cobrado tal odio que ha propuesto, si dello mas le hablo, no verme, y á tí de verte venir se fué buyendo; así que, no te canses ni en ello gastes tiempo, que será muy en vano.»

¶ Entristeciéndose mucho don Rodrigo de tan resuelta respuesta, dada con tal aspereza. Sospechó que antes Ozmin era en su daño que de provecho: parecióle que á lo menos, cuando Daraja la diera tan desabrida, él no debiera referirla con acción semejante, haciéndose casi dueño del negocio, y es imposible amor y consideración: tanto uno se desbarata mas cuanto mas ama. Representósele la muy estrecha amistad que se decía tener con su primero amo; parecióle que aun sería viva, y no de creer haberse resfriado las cenizas de aquel fuego. Con este pensamiento reforzado de pasión, se determinó echarlo de casa, diciéndole á su padre cuán dañoso era permitir, donde Daraja estuviese, quien pudiera entretenerla con sus pasados amores ni hablarla dellos, en especial siendo la intención de sus altezas volverla cristiana, y en cuanto Ambrosio allí estuviese lo tenía por dificultoso. «Hagamos (dijo), señor, el ensayo con apartarlos unos dias, en que veremos lo que resulta.» No pareció mal á don Luis el consejo de su hijo, y luego, formando quejas de lo que no las pudo haber (que al poderoso no hay pedirle causa, y suele el capitán con sus soldados hacer con dos ochos quince), lo despidió de su casa, mandándole que aun por la puerta no pasase. Cogiólo de sobresalto, aun despedirse no pudo, y obediendo á su amo, fingiendo menor dolor del que sentía, sacó de allí el cuerpo, prenda que tuvo, porque el alma tenía dueño en cuyo poder la dejó.

¶ Viendo Daraja tan súbita mudanza, creyó que la tristeza pasada hubiera nacido de la sospecha de aquel nuevo suceso, y que ya lo sabia. Con esto, juntándose un mal á otro, pesar á pesar, y dolor á dolores, careciendo de ver á su esposo, aunque la pobre señora disimulaba cuanto mas podía, era eso lo que mas la dañaba. Llore, gima, suspire, grite y hable el que se viere afligido, que cuando con ello no quite la carga de la pena, á lo menos la hace menor y mengua el colmo. Tan falta de contento andaba, tan sin gusto desabrida, cual se conocía muy bien de su rostro y talle. No quiso el enamorado moro mudar estado; que como antes andaba, tal se trató siempre, y en hábito de trabajador seguía su trabajada suerte: en él habia tenido la buena pasada, y esperaba otra con mejoría. Ocupábase ganando jornal en la parte que lo hallaba, yendo desta manera probando ventura; si entrando en unas y otras partes oyese ó supiese algo que le importase, que no por otro interés, pues podia con larga mano gastar por muchos dias de los dineros y joyas que sacó de su casa. Mas así por lo dicho como por haberse dado á conocer en aquel vestido, teniendo franca licencia y andar mas desconocido, sin que sus desinios le pudiesen ser desbaratados, perseveró en él por entonces. Los caballeros mancebos que servían á Daraja, conociendo el favor que con ella Ozmin tenía, y que ya no servía en casa de don Luis, cada uno lo codició por sí por sus fines, que presto en todos fueron públicos. Adelantóse don Alonso de Zúñiga, mayorazgo en aquella ciudad, caballero mancebo, galán y rico, fiado que la necesidad y su dinero, por medios de Ambrosio, le darian ganado el juego: mandólo llamar, concertóse con él, bizole ventajas conocidas, dióle regaladas palabras, comenzaron una manera de amistad (si entre señor y criado puede haberla, no obstante que en cuanto hombres es compatible, pero su propio nombre comunmente se llama privanza), con que pasados algunos lances le vino á descubrir su deseo, prometiéndole grandes intereses, que todo fué volverle á manifestar las heridas, refrescando llagas y hacerlas mayores; y si antes recelaba de uno, ya eran dos, y en poco espacio supo de muchos que el amo le descubrió, y los caminos por donde cada uno marchaba, y de quién se valía; dijole que otros no querían ni buscaban mas de su buena inteligencia, creyendo como tiene cierto sería sola su intercesión bastante á efectuarlo.

¶ No sabré decir ni se podrá encarecer lo que sintió verse

hacer segunda vez alcabuate de su esposa, y cuánto mas le convenia pasar por todo con discreta disimulación. Respondióle con buenas palabras, temeroso no le sucediera lo que con don Rodrigo; y si con todos hubiera de arrojarle, mucho le quedaba que andar; todo lo perdiera, y de nada tuviera conocimiento. Paciencia y sufrimiento quieren las cosas, para que pacíficamente se alcance el fin dellas. Fuélo entreteniéndolo, aunque se abrasaba vivo; batallaba con varios pensamientos, y como por varias partes le daban guerra y le tiraban garrochas, no sabia dónde acudir ni tras quién correr, ni para sus penas hallaba consuelo que lo fuese: la liebre una, los galgos muchos y buenos corredores, favorecidos de alcemes caseros, amigas, conocidas, banquetes, visitas, que suelen poner á las honras fuego, y en muchas casas, que se tienen por muy honradas, entran muchas señoras, que al parecer lo son, á dejarlo de ser, debajo de título de visita, por las dificultades que en las propias tienen, y otras por engaño, que de todo hay, todo se platica; y para la gente principal y grave no se descuidó el diablo de otras tales cobijaderas y cobijas. Todo lo temía, y mas á don Rodrigo, á quien él y los otros competientes tenían gran odio por su arrogancia falsa; cautelaba con ella, para que los otros desistiesen, desmayados en creer sería el origen della los favores de Daraja. Háblale bien, queríanle mal; vertíanle almidar por la boca, dejando en el corazón ponzoña; metíanlo en sus entrañas, deseando vérselas despedazadas; hacíanle rostro de risa, y era la que suele hacer el perro á las abispas; que es tal todo lo que hoy corre y mas entre los mejores.

¶ Volvamos á decir de Daraja los tormentos que padecía, el cuidado con que andaba para saber de su esposo, dónde se fué, qué se hizo, si estaba con salud, en qué, si amaba en otra parte; y esto le daba mas cuidado, porque aunque las madres tambien le tienen de sus hijos ausentes, hay diferencia que ellas temen la vida del hijo, y la mujer al amor del marido, si hay otra que con caricias y fingidos halagos lo entretenga. ¿Qué dias tan tristes aquellos, qué noches tan prolijas, qué tejer y destejer pensamientos, como la tela de Penélope, con el casto deseo de su amado Ulises! Mucho diré callando en este paso; que para pintar tristeza semejante, fuera poco el ardid que usó un pintor famoso en la muerte de una doncella, que después de pintada muerta en su lugar, puso á la redonda sus padres, hermanos, deudos, amigos, conocidos y criados de la casa, en la parte y con el sentimiento que cada uno en su grado podia tocarle; mas cuando llegó á los padres, dejolos por acabar las caras, dando licencia que pintase cada uno en semejante dolor segun lo sintiese; porque no hay palabras ni pincel que llegue á manifestar amor ni dolor de padres, sino solas algunas obras que de los gentiles habemos leído: así lo habré de hacer. El pincel de mi ruda lengua será bronchón grosero, y ha de formar borrones; cordura será dejar á discreción del oyente y del que la historia supiere, cómo suelen sentirse pasiones cual esta: cada uno lo considere, juzgando el corazón ajeno por el suyo. Andaba triste, que las muestras exteriores manifestaban las interiores. Viéndola don Luis en tal extremo de melancolía, y don Rodrigo, su hijo, ambos por alegrarla ordenaron unas fiestas de toros y juegos de cañas, y por ser la ciudad tan acomodada para ello, brevemente tuvo efecto. Juntáronse las cuadrillas de sedas y colores diferentes cada una, mostrando los cuadrilleros en ellas sus pasiones, cual desesperado, cual con esperanza, cual cautivo, cual amartelado, cual alegre, cual triste, cual celoso, cual enamorado; pero la paga de Daraja igual á todos.

¶ Luego que Ozmin supo la ordenada fiesta, y ser su amo en ello cuadrillero, parecióle ser esta la mejor ocasión y no perder tiempo de ver su esposa, dando muestra de su valor señalándose aquel dia; el cual como fuere llegado,

al tiempo que se corrian los toros, entró en sus caballos ambos bien aderezados. Llevaba con un tafetán azul cubierto el rostro, y el caballo tapados los ojos con una banda negra. Fingió ser forastero: iba su criado delante con una gruesa lanza; dió á toda la plaza vuelta, viéndose muchas cosas de admiración que en ella estaban. Entre todo ello así resplandecía la hermosura de Daraja como el dia contra la noche, y en su presencia todo era tinieblas. Púsose frontero de su ventana, donde luego que llegó vió alterada la plaza, huyendo la turba de un famoso toro que á este tiempo soltaron. Era de Tarifa, grande, madrigado y como un león de bravo. Así como salió, dando dos ó tres lijeros brincos se puso en medio de la plaza, haciéndose dueño della, con que á todos puso miedo. Encarábase á una y otra parte de donde le tiraron algunas varas, y sacudiéndolas de sí se daba tal maña, que no consentía le tirasen otras desde el suelo, porque hizo algunos lances, y ninguno perdido. Ya no se atrevían á poner delante, ni habia quien á pié lo esperase aun de muy lejos: dejáronlo solo, que otro mas del enamorado Ozmin y su criado no parecia allí cerca. El toro volvió al caballo como un viento, y fuéle necesario sin pereza tomar su lanza, porque el toro no la tuvo en entrarle, y levantado el brazo derecho (que con el lienzo de Daraja traía por el malleado atado) con graciosa destreza y galán aire le atravesó por medio del gatillo todo el cuerpo, clavándole en el suelo la uña del pié izquierdo; y cual si fuera de piedra, sin mas menearse lo dejó allí muerto, quedándole en la mano un trozo de lanza que arrojó por el suelo, y se salió de la plaza. Mucho se alegró Daraja en verlo, que cuando entró lo conoció por el criado, el cual tambien lo habia sido suyo, y después en el lienzo del brazo. Todos quedaron con general murmullo de admiración y alabanza, encareciendo el venturoso lance y fuerzas del embocado. No se trataba otra cosa que ponderar el caso, habiéndose los unos á los otros: todos lo vieron, y todos lo contaban; á todos pareció sueño, y todos volvían á referirlo; aquel dando palmadas, el otro dando voces; este habla de mano, aquel se admira; el otro se santigua, este alza el brazo y dedo, llena la boca y ojos de alegría; el otro tuerce el cuerpo y se levanta; unos arquean las cejas; otros, reventando de contento, hacen graciosos matachines, que todo para Daraja eran grados de gloria. Ozmin se recogió fuera de la ciudad, entre unas huertas de donde habia salido, y (dejando el caballo, trocando el vestido, con su espada ceñida) volviendo á ser Ambrosio, se vino á la plaza. Púsose á parte donde via lo que deseaba, y era visto de quien le quería mas que á su vida. Holgaban en contemplarse, aunque Daraja estaba temerosa, viéndole á pié, no le sucediese desgracia. Hizole señas que se subiese á un tablado; disimuló que no las entendía, y estuvose quedo en tanto que los toros se corrieron.

¶ Veis aquí, al caer la tarde, cuando entran los del juego de cañas en la forma siguiente: ¶

¶ Lo primero de todo trompetas, menestriles y atabales, con libreas de colores, á quien seguian ocho acémilas cargadas con haces de cañas. Eran de ocho cuadrilleros que jugaban: cada uno su repostero de terciopelo encima, bordadas con oro y seda las armas de su dueño. Llevaban sobrecargas de oro y seda con los garrotes de plata.

¶ Entraron tras esto doscientos y cuarenta caballos de cuarenta y ocho caballeros, de cada uno cinco, sin el que servía de entrada, que eran seis; pero estos que entraron delante de diestro, venían en dos hileras de los dos puestos contrarios. Los primeros dos caballos (que iban pareados) á cada cinco por banda llevaban en los arzones á la parte de afuera colgando las adargas de sus dueños, pintadas en ellos enigmas y motes, puestas bandas y borlas, cada uno como quiso. Los mas caballos llevaban solamente sus pretales de cascabeles, y todos con jaeces tan ricos y curiosos, con tan soberbios bozales de oro y plata, lle-

nos de riquísima pedrería, cuanto se puede exagerar: baste por encarecimiento ser en Sevilla, donde no hay poco ni saben del, y que los caballeros eran amantes, competidores, ricos, mozos, y la dama presente. Esto entró por una puerta de la plaza, y habiendo dado vuelta por toda en torno, salían por otra que estaba junto á la por donde entraron; de manera que no se impedían los de la entrada con los de la salida, y así pasaron todos. ¶

¶ Habiendo salido los caballos, entraron los caballeros corriendo de dos en dos las ocho cuadrillas; las libreas, como he dicho; sus lanzas en las manos, que, vibradas en ellas, parecían juntar los cuentos á los hierros, y cada asta cuatro; animando con alaridos á los caballos, que heridos del agudo acicate volaban, pareciendo los dueños y ellos un solo cuerpo, según en las jinetas iban ajustados. No es encarecimiento, pues en toda la mayor parte del Andalucía, como Sevilla, Córdoba, Jerez de la Frontera, sacan los niños (como dicen) de las cunas á los caballos, de manera que se acostumbra en otras partes á dárselos de caña; y es cosa de admiración ver en tan tiernas edades tan duros aceros y tanta destreza, porque hacerles mal tienen por su ordinario ejercicio. Dieron á la plaza vuelta corriendo por las cuatro partes della, y volviendo á salir hicieron otra entrada como antes; pero los caballos mudados y embrazadas las adargas y cañas en las manos. ¶

¶ Partieronse los puestos, y seis á seis (á la costumbre de la tierra) se trabó un bien concertado juego, que habiendo pasado en él como un cuarto de hora, entraron de por medio algunos otros caballeros á despartirlos, comenzando con otros caballos una ordenada escaramuza los del uno y otro puesto, tan puntual que parecía danza muy concertada, de que todos en mirarla estaban suspensos y contentos: esta desbarató un furioso toro que saltaron de postre. Los de á caballo, con garrochones que tomaron, comenzaron á cercarlo á la redonda; mas el toro estabáse quedo sin saber á cuál acometer: miraba con los ojos á todos, escarbando la tierra con las manos; y estando en esto esperando su suerte cada uno, salió de través un mal trapillo haciéndole cocos: pocos fueron menester para que el toro como un rabioso, dejando los de á caballo, viniera para él: volvióse huyendo, y el toro lo siguió hasta ponerse debajo de la ventana de Daraja, y adonde Ozmin estaba, que pareciéndole haberse acogido el mozo á lugar privilegiado, y haciendo caso de injuria de su dama y suya, si allí recibiera mal tratamiento; tanto por esto como abrasado de los que allí habían querido señalar sus gracias, por medio de la gente salió contra el toro, que dejando al que seguía, se fué para él. Bien creyeron todos de ser loco, quien con aquel ánimo arremetía para semejante bestia fiera, y esperaban sacarlo de entre sus cuernos hecho pedazos: todos le gritaban, dando grandes voces, que se guardase. Su esposa ya se puede considerar cuál estaría, no sé qué diga, salvo que como mujer, sin alma propia, ya el cuerpo no sentía de tanto sentir. El toro bajó la cabeza para darle el golpe, mas fué humillarse al sacrificio, pues no volvió á levantarla, que sacando el moro el cuerpo á un lado, y con estraña lijería la espada de la cinta, todo á un tiempo, le dió tal cuchillada en el pescuezo, que, partiéndole los huesos del cerebro, se la dejó colgando del gáznate y papadas, y allí quedó muerto. Luego (como si nada hubiera hecho) envainando su espada, se salió de la plaza; mas el poblacho novelero, tanto algunos de á caballo como gente de á pie, lo comenzaron á cercar por conocerlo: poníanse delante admirados de verlo, y tantos cargaron que casi lo ahogaban sin dejarle menear en el paso. En ventanas y tabladillos comenzaron otro nuevo mormullo de admiración cual el primero, y en todos tan general alegría, y por haber sucedido cuando se acababan las fiestas, que otra cosa no se hablaba mas de en los dos maravillosos casos de aque-

lla tarde, dudando cuál fuese mayor, y agradeciendo el buen postre que se les había dado, dejándoles el paladar y boca sabrosa para contar hazafías tales por inmortales tiempos. ¶

¶ Tuvo Daraja este día (como habeis visto) salteados los placeres, aguada la alegría, los bienes falsos y los gustos desabrídos; apenas llegaba el contento de ver lo que deseaba, cuando al momento la ejecutaba el temor del peligro; también la martirizaba el acordarse de no saber con cuál ocasión otra vez lo vería, ni cómo apacentaría su corazón, satisfaciendo la hambre de los ojos en los manjares de su deseo; y como el placer no llega adonde deja el pesar, no se le pudo conocer en el rostro si las fiestas le hubiesen sido de entretenimiento, aunque le trataron dellas. Esto y quedar los galanes algo mas picados que antes, encendidos en la mucha hermosura de Daraja, deseosos cómo mas agrada, y ocasión con que volver á verla, con aquel orgullo y sangre caliente, ordenaron una justa, haciendo mantenedor á don Rodrigo. El cartel se publicó una de aquellas noches con gran aparato de músicas y hachas encendidas, que las calles y plazas parecían arderse con el fuego; fijáronlo en parte que á todos fuera notorio, pudiendo ser leído. Había una tela puesta junto á la puerta que llaman de Córdoba, pegada con la muralla (que la vi en mis tiempos, y la conocí aunque maltratada) donde se iban á ensayar y corrían lanzas los caballeros. Allí don Alonso de Zúñiga, como novel, también se ejercitaba, deseoso de señalarse por la grande afición que á Daraja tenía. ¶

¶ Temiase perder en la justa, y así lo decía en la conversación públicamente, no porque el ánimo ni fuerzas le faltasen, mas como la práctica en las cosas hace á los hombres maestros dellas, y con la teórica sola se yerran los mas confiados, él no quisiera errar, hallábase atajado y cuidadoso. ¶

¶ Por otra parte Ozmin deseaba tener de los enemigos los menos, y ya que él no podía justar ni le fuera posible, quisiera entrara en la tela quien á don Rodrigo derribara la soberbia, por ser de quien mas se recelaba. Con este ánimo, y no de hacer á su amo servicio, le dijo: «señor, si me das licencia para decir lo que quiero, diré lo que por ventura te podrá ser de algun provecho en ocasión honrosa.» Don Alonso muy remoto y descuidado que le pudiera tratar de tales ejercicios, creyendo antes fuesen cosas de sus amores, le dijo: «ya tardas, que crecen el pensamiento y deseo hasta saberlo.—He visto (le dijo), señor, que á la fiesta divulgada desta justa es forzoso que salgas; y no me maravillo, que donde el premio de glorioso nombre se atraviesa, los hombres andan temerosos con codicia de ganarlo. Yo, tu criado, te serviré, adiestrándote en lo que saber quisieres de ejercicios de caballería, y en breve tiempo, de manera que te sean de fruto mis lecciones; no te admire ni escandalice mi poca edad, que por ser cosas en que me crié, tengo dellas alguna noticia.» Holgóse don Alonso en oírlo, y agradeciéndoselo, dijo: «si lo que ofreces cumples, á mucho me obligas.» Ozmin le respondió: «quien promete lo que no piensa cumplir, lejos está dello, entretiene y busca achaques; mas el que está como yo, donde no los puede haber (si no es loco) queda forzado á cumplir con obras mas de lo que prometen sus palabras. Manda, señor, apercebir las armas de tu persona y mía, que presto conocerás cuánto mas he tardado en ofrecerte, que me podré ocupar en salir desta deuda libre, y no de la obligación de servirme. Mandó luego don Alonso aprestar lo necesario; y prevenido, se salieron á lugar apartado, adonde aquel día y los mas siguientes hasta el determinado de la justa se ocuparon en ejercicios della; de modo que brevemente don Alonso estuvo en la silla tan firme, y cierto en el ristre, sacando la lanza con tan buen aire, y llevando en ella tanta gracia, que parecía lo hubiera ejercitado muchos años; á todo lo cual

era de gran importancia (y así le ayudaban) su gentileza de cuerpo y buenas fuerzas. ¶

¶ De la destreza de subir á caballo en ambas sillas, de proceder en las lecciones, del talle, compostura, término, costumbres y habla de Ozmin le nació á don Alonso un pensamiento: ser imposible llamarse Ambrosio, ni ser trabajador según mostraba. Descubría por sus obras un resplandor de persona principal y noble, que por algun vario suceso anduviese de aquella manera; y no pudiendo repartirse sin salir deste cuidado, apartándolo á solas, en secreto le dijo: «Ambrosio, poco habrá que me sirves y á mucho me tienes obligado; tan claro muestran quién eres tus virtudes y trato, que no lo puedes encubrir; con el velo del vil vestido que vistes, y debajo de aquesta ropa, oficio y nombre, hay otro encubierto. Claro entiendo por las evidencias que tuyas he tenido, que me tienes, ó por mejor decir, que me has tenido engañado; pues á un pobre trabajador que representas, es dificultoso y no de creer sea tan general en todo, y mas en los actos de caballería, y siendo tan mozo. He visto en tí y entiendo que debajo de aquestos terrones y conchas feas está el oro finísimo y perlas orientales. Ya te es notorio quién soy, y á mí oscuro quién tú seas, aunque, como digo, se conocen las causas de los efectos, y no te me puedes encubrir. Yo te prometí por la fe de Jesucristo que creo, y orden que de caballería mantengo, de ser te amigo fiel y secreto, guardando el que depositares en mí, ayudándote con cuanto de mi hacienda y persona pudiere; dame cuenta de tu fortuna, para que pueda en algo cancelar parte de las buenas obras de tí recibidas.» Y Ozmin le respondió: «tan fuertemente, señor, me has conjurado, así me has apretado los husillos, que es forzoso sacar de mi alma lo que otra opresión que los tornos de tu hidalgo proceder fuera imposible; y cumpliendo lo que me mandas, en confianza de quien eres y tienes prometido, sabrás de mí que soy caballero natural de Zaragoza de Aragón; es mi nombre Jaime Vives, hijo del mismo. Podrá haber pocos años que, siguiendo una ocasión, fui cautivo y en poder de moros por una cautelosa alevosía de unos fingidos amigos, y si lo causó su envidia ó mi desdicha, es cuento largo. Sabréte decir, que estando en su poder me vendieron á un renegado, y para el tratamiento que me hizo, el nombre basta.» ¶

¶ «Metiéndole la tierra dentro hasta llevarme á Granada, donde me compró un caballero Zegri de los principales della. Tenía un hijo de mi edad que se llamaba Ozmin, retrato mío, así en edad como el talle, rostro, condición y suerte, que por parecerle tanto le puso mas codicia de comprarme y hacer buen tratamiento, cavando entre nosotros mayor amistad. Enseñéle lo que pude y supe, según lo aprendí de los míos en mi tierra, y con la mucha frecuentación que en ella tenemos en semejantes ejercicios, de que no saqué poco fruto; porque tratando con el hijo de mi amo dellos, aumenté lo que sabía, que de otra manera pudiera ser lo olvidado; y porque los hombres enseñando aprenden, de aquí vino á resultar afinarse en hijo y padre la afición que me tenían, fiando de mí sus personas y hacienda. Este mozo estaba tratado casarse con Daraja, hija del alcaide de Baza (mi señora, que tanto tú adoras); llegó á punto de tener efecto, por haberlo tenido las capitulaciones, si el cerco y guerras no lo impidieran: fuéles forzoso dilatarlo; Baza se rindió y quedaron suspensas estas bodas. Como yo era el que privaba, iba y venía con presentes y regalos de una ciudad á otra; acerté á estar en Baza, por mi buena dicha, cuando vino á entregarse, y así cobré mi libertad con los mas cautivos della. Quise volverme á mi tierra, faltóme dinero, tuve noticia que estaba en esta ciudad un deudo mío; juntáronse dos cosas: el deseo de verle (por ser tan ilustre y generoso), y socorrer mi persona para seguir mi camino. Estuve aquí mucho tiempo sin hallar á quien buscaba, porque las nuevas dello fueron inciertas, y salió cierta mi perdición, hallando

lo que no busqué, como acontece de ordinario. Ibame por la ciudad vagando con poco dinero y mucho cuidado; vi una peregrina hermosura para mis ojos, cuando para los otros no lo sea; porque solo es hermoso lo que agrada. Entreguéle mis potencias, quedé sin alma, no supe mas de mí, ni cosa poseo que suya no sea; esta es doña Elvira, hermana de don Rodrigo, hija de don Luis de Padilla, mi señor; y como suelen decir, que de la necesidad nace el consejo, viéndome tan perdido en sus amores y sin remedio de cómo poderse los manifestar con las calidades de mi persona, tomé por acuerdo acertado escribir mi libertad á mi padre, y que estaba en mil doblas empeñado, que me socorriera con ellas. Sucedió bien, que habiéndome enviado, y un criado con un caballo en que fuese me valí de todo. Los primeros días comencé á pasearle la calle, dando vueltas á todas horas, pero no la podía ver.» ¶

¶ «De la continuación en mi paseo nació en alguna gente cierta nota, y me traían sobre ojos; de manera que para desmentir las espías me convino el recato. Mi criado (á quien di parte de mis amores), como mas en días, viendo que en casa de mi señor andaba cierta obra, que comprando este vestido de trabajador y mudando el nombre, porque no se supiera quien fuese, asentase por peon de albañilería. Púsemé á pensar qué pudiera dello sucederme; mas como para el amor ni muerte hay casa fuerte, todo lo vencí, todo se me hizo fácil; determinéme, y acerté. Acontecióme un caso no pensado, y fué, que acabada la obra me recibieron por jardinero en la misma casa. Fué tal entonces mi buena dicha, creció tanto mi luna y el colmo de mi ventura, que el día primero que asenté la plaza y metí el pie dentro del jardín, fué hallarme con Daraja. Si se admiró de verme, no menos yo de verla: di-monos finiquito de nuestras vidas, refiriendo nuestras desgracias, contándome las suyas y yo las mías, y cómo los amores de su amiga me tenían de aquel modo. Supliquéle que pues tenía tan clara noticia de mis padres y mía, y de la sangre de nuestro linaje, me favoreciese con ella; de modo que por su mano y buena intercesión viniese (con el santo matrimonio) á gozar el fruto de mis esperanzas. Así me lo prometió, y lo que pudo cumplió; mas como sea tan avara mi fortuna, cuando mas nuestros tiernos amores iban cobrando alguna fuerza, quebráronse los pimpollos, la flor se secó de un áspero solano, royó un gusano la raíz, con que todo se acabó. Salí desterrado de su casa sin decirme la causa, cayendo de la mas alta cumbre de bienes á la mas ínfima miseria de males. El que de la lanzada mató el toro, el que de una cuchillada rindió el otro, yo soy, que en su servicio lo hice; bien me vió y conoció, y no poco se regocijó, que en el rostro se lo conoció, sus ojos me lo dijeron; y si en esta ocasión fuera posible, también me procurara señalar por el gusto de mi dama, que eternizara mis obras dando á conocer quién soy con lo que valgo. De no poder ejecutar este deseo reviento de tristeza: si pudiera comprarlo, diera en su cambio la sangre de mis venas. Ves aquí, señor, te he dicho todo el proceso de mi historia y remate de desgracias.» ¶

¶ Don Alonso (acabándole de oír) le echó los brazos encima apretándolo estrechamente; Ozmin porfiaba en tomarle las manos para besárselas; mas no se lo consintió, diciendo: «estas manos y brazos en tu servicio se han de ocupar para merecer ganar las tuyas; no es tiempo de cumplimientos ni que se altere de como hasta aquí, en tanto que tu voluntad ordene otra cosa, y no te ponga cuidado la justa, que en ella entrarás, no lo dudes.» Otra vez quisiera Ozmin, y arremetió á tomarle las manos, bajando la rodilla en el suelo; don Alfonso hizo lo mismo, haciéndose muchas ofertas, con la fuerza de nueva amistad. Así pasaron largas conversaciones aquellos días, hasta que llegó el de la justa, en que habían de señalarse.

Ya dije de don Rodrigo cómo por su arrogancia era secretamente mal querido. Parecióle á don Alonso haber hallado lo que deseaba, porque justando Jaime Vives, estaba muy cierto el descomponerlo, humillándole la soberbia. Ozmin por su parte también lo deseaba, y antes de ser hora de armarse (por ver entrar á Daraja en la plaza) se anduvo de espacio por ella paseando, admirándose de verla tan bien aderezada, tantas colgaduras de oro y seda, cuantas no se pueden significar; tanta variedad en las colores, tanta curiosidad en el ventanaje, tanta hermosura en las damas, riqueza de sus aderezos y vestidos, concurso de tan ilustre gente, que toda junta parecía un inestimable joyel, y cada cosa por sí preciosa piedra engastada en él.

Estaba la tela que dividiendo la plaza en dos iguales partes, atravesaba por medio della el tablado de los jueces en lugar acomodado, y frontero las ventanas de Daraja y doña Elvira; las cuales, en dos blancos palafreñes enjaezados (con guarniciones de terciopelo negro y chapería de plata) con mucho acompañamiento entraron, y dando vuelta por toda la plaza, llegaron á su asiento; luego (dejándola en él) se salió della Ozmin, porque ya querían entrar los mantenedores; los cuales llegaron de allí á poco espacio muy bien aderezados. Comenzaron á sonar los menestres, trompetas y otros instrumentos, tañendo sin cesar hasta que se pusieron en su puesto. Entraron justadores combatientes, y fué de los primeros don Alonso, que corridas las tres lanzas (y muy bien, pues fueron de las mejores) luego se fué á su casa. Ya tenía ganada licencia para un caballero amigo suyo, que fingió esperaba de Jerez de la Frontera, y estaba Ozmin aguardando. Fuéronse á la tela juntos, y apadrinó don Alonso. Llevaba el moro las armas negras de todo punto, el caballo morcillo, sin plumas la celada, y en su lugar por ellas, hecha con gran curiosidad, una rosa del lienzo de Daraja: cierta señal en que luego por él fué conocido della. Púsose en el puesto, y quiso la suerte que la primera lanza cupiese á un ayudante del mantenedor. Hicieron señal, partieron de carrera, Ozmin tocó al contrario en la vista, donde rompió la lanza, y volviéndole á dar con lo tieso della, lo sacó de la silla, dando con él en el suelo por las ancas del caballo; pero no le hizo mas mal que el gran golpe de las armas. Para las dos últimas lanzas entró don Rodrigo, el cual barreó la primera por cima del brazal izquierdo del moro, quedando herido dél en el guardabrazo derecho, donde rompió la lanza por tres partes. En la última desbarró don Rodrigo, y Ozmin rompió la suya en la junta de la habera, dejándole en ella un gran pedazo de astilla; creyeron todos quedaba mal herido, mas defendióle el almete con haberle hecho gran daño. Y así el moro, rotas las tres lanzas, salió con vitoria ufano, y mucho mas don Alonso por haberlo apadrinado, que no cabía de contento. Salieron de la plaza, fuése á desarmar á su casa, sin dejarse conocer de otro alguno; y tomando su ordinario vestido, salió por un postigo de la casa ocultamente, volviéndose á contemplar en su Daraja, y ver lo que en la justa pasaba. Púsose tan cerca de la dama, que casi se pudieran dar las manos: mirábase el uno al otro, empero él siempre los ojos tristes y ella tristísimos, pensando qué lo pudiera causar, que su vista no le hubiera alegrado. Estuvo confusa de haberle visto justar con armas y caballo todo negro, señal entre ellos de mal agüero.

Todo le causó profundísima melancolía, y tan de veras fué aposeñándose della, cargóle tan pesadamente, que las fiestas no eran bien acabadas, cuando reventándole el corazón en el cuerpo (quitándose de la ventana) se fueron á la posada. Los que con ella estaban se admiraron cómo de alguna cosa no recibía contento, y aun lo mormuraban, sospechando cada uno á aquello con que mejor se casaba su malicia. Don Luis (como prudente caballero) en las partes que dello se trataba satisfacía; y así lo hizo á sus hijos

aquella noche, que mormurando dello, les dijo: «el alma triste en los gustos llora; ¿qué cosa puede alegrar al ausente de lo que bien quiere? Los bienes tanto se estiman en mas, cuanto se gozan con los conocidos y propios; entre extraños puede haber holguras; pero no se sienten, y tanto mas en el alma levantan el dolor, cuanto en las ajenas ven mas alegría. No la culpa ni me admiro, antes lo juzgo á su mucha prudencia, y lo atribuyo á cordura, que fuera lo contrario liviandad notoria. Hallase sin sus padres, lejos de su esposo, y (aunque libre) cautiva en tierra extraña, sin saber de su remedio ni tener para ello medio. Examine cada uno su pecho, póngase en el contrario puesto, sentirá lo que aquesto se siente, que no lo haciendo así, es decir el sano al enfermo que coma. Pasada esta plática secretá entre ellos, trataron en público lo bien que lo hizo el jerezano, y como (aunque desearon saber quién hubiese sido) nunca don Alonso dijo mas de lo primero, y creyeron ser verdad. Las tristezas de Daraja iban muy adelante: ninguno las acertaba ni daba en el blanco, ni aun al terreno de cuantos le asestaban; todos juzgaban al revés, buscándole cuantos entretenimientos podían darle; ninguno era capaz ni cuadraba en el círculo de sus deseos.

Tenia en el Ajarafe la casa y hacienda de su mayorazgo en un lugar aldea de Sevilla; era el tiempo templado á vueltas de febrero: la caza y campo parece que alegran en tales dias. Acordaron irse á bolgar allá una temporada, por no dejar de andar esta vereda, y ver si pudieran divertirla de sus tristezas. A esto parece que mostró algo mas buen rostro, creyendo si salía de la ciudad habría en el campo modos como ver y hablar á Ozmin. Aderezaron la recámara, y era cosa de alegría ver tanto bullicio, cuál que lleva los galgos de trailla, cuál va con los podencos y hurones, cuáles llevan halcones, cuál el buho, cuál su escopeta al hombro ó la ballesta, otros con las acémilas cargadas, todos iban de trulla alborotados con la fiesta. Ya don Alonso lo sabía, y habia dicho á Ozmin que sus damas eran de campo á cierta huelga, y cómo se quedaban allá por entonces, no sabiendo cuando volverían. No les pareció mal por dos cosas: la una, que allá tendrían por ventura menos competidores para tratar sus amores; la otra, mejor ocasión para no ser conocidos. Hacia las noches no claras ni muy oscuras, no frío ni calor, antes un agradable sosiego, con serenidad apacible. Los dos enamorados amigos acordaron probar la mano y su buena ventura caminando á ver á sus damas: vistieronse de labradores; así salieron al poñer del sol en dos rocines, y antes de llegar al aldea, un cuarto de legua, se apearon en una casería, para que yendo á pié no hubiese nota. Entonces les hubiera sucedido bien si la fortuna no rodara y les volviera las espaldas, porque llegaron á tiempo que las damas estaban en un balcon entretenidas en sus conversaciones.

No se atrevió á llegar don Alonso, por no espantar la caza, y dijo á su compañero que fuera solo á negociar por ambos, que pues doña Elvira lo amaba y Daraja lo conocía, no habia de qué recelarse. Así Ozmin poco á poco (con cuidadoso descuido) se fué paseando por delante, cantando en tono bajo, como entre dientes, una canción arábiga, que para quien sabía la lengua eran los acentos claros, y para la que no y estaba descuidada, le parecía el cantar de lala, lala. Doña Elvira dijo á Daraja: «aun en esta gente bruta puso Dios dones de precio si supiesen aprovecharse dellos: ¿no consideras aquel salvaje, qué voz entonada y suave que tiene, y va cantando la madre de los cantares? Es como el agua que llueve en la marsin provecho.—¿Agora sabes (dijo Daraja) que son las cosas todas como el sujeto en que están, y así se estiman? Estos labradores, por maravilla, si de tientos no se trasplantan en vida política y los injieren y mudan de tierras ásperas á cultivadas, desnudándolos de la rústica corteza en que nacen, tarde ó nunca podrán ser bien morigerados; y al revés, los que son ciudadanos de político

natural, son como la viña, que dejándola de labrar algunos años, da fruto aunque poco, y si sobre ella vuelven, reconociendo el regalo, rinde colmadamente el beneficio. Este que aquí canta no será poderoso un carpintero con hacha ni azuela para desalbearlo ni ponerlo de provecho; pena me da de oírle aquel cantar de tórtola: vámonos de aquí si te parece, que es hora de acostarnos. Bien se habian entendido los amantes, ella el canto, y él sus palabras y el fin con que las dijo. Fuéronse las damas, quedándose Daraja un poco atrás, y en arábigo le dijo que esperase.

El quedó aguardando, y en tanto que volvía, se paseaba por aquella calle. La gente villana siempre tiene á la noble (por propiedad oculta) un odio natural, como el lagarto á la culebra, el cisne al águila, el gallo al francolin, el langostin al pulpo, el delfin á la ballena, el aceite á la pez, la vid á la berza, y otros deste modo, que si preguntais deseando saber qué sea la causa natural, no se sabe otra mas de que la piedra imán atrae á si el acero, el eliotropio sigue al sol, el basilisco mata mirando, la celiadonia favorece á la vista; que así como unas cosas entre si se aman, se aborrecen otras por influjo celeste, que los hombres no han alcanzado hasta hoy razon que lo sea para ello. Que las cosas de diversas especies tengan esto no es maravilla, porque constan de composiciones, calidades y naturaleza diversa; mas hombres racionales, los unos y los otros de un mismo barro, de una carne, de una sangre, de un principio, para un fin, de una ley, de una dotrina, todos en todo lo que es hombres tan una misma cosa, que todo el hombre naturalmente ame á todo hombre, y en esto haya este resabio, que aquesta canalla endurecida, mas empedernida que nuez galiciana, persiga con tanta vehemencia la nobleza, es grande admiracion. Andábanse también paseando aquella noche unos mozelos; acertaron á ver á los forasteros, y en aquel punto, sin mas causa ni razon, sin darles alguna ocasion, comenzaron á convocarse, y llegados en tropa, vinieron diciendo: al lobo, al lobo; y desembrazando piedra menuda (como si del cielo lloviera) los apedrearon de manera que les fué forzoso huir y no esperarlos, y así se volvieron, que lugar no tuvo Ozmin de despedirse. Fuéronse do estaban sus caballos, y en ellos á la ciudad, con ánimo de volver la noche siguiente algo mas tarde para no ser sentidos. De poco les aprovechó, que si rayos del cielo cayeran, y con ellos pensaran ser deshechos, habia villano en ellos que antes dejara la vida que de guardar el puesto solo por hacer mal y daño; pues apenas la otra noche habian metido los piés en el pueblo, que junta una bandada de aquellos mozalillos (habiéndolos reconocido), cuál con honda, cuál á brazo, unos con azagayas, palos, chuzos, otros con asadores, no dejando segura la pala ó barretero del horno (como á perro que rabia) salieron á ellos; pero halláronlos mas apercebidos que la noche pasada, porque aquesta ya traian buenas cotas, cascos acerados y rodela fuertes. De la una parte viéranse pedradas, palos, alaridos; de la otra muy recias cuchilladas, y de entrambas tanto alboroto, que con el ruido parecia hundirse el pueblo con la trabada guerrilla. Descuidóse don Alonso, y al atravesar de una calle le dieron una muy mala pedrada en los pechos, de que cayó en tierra sin hallarse con fuerzas para volver mas á la pelea, y como pudo se fué retirando, en tanto que Ozmin se iba entrando con ellos la calle arriba haciéndoles mucho daño, porque algunos, y no pocos, quedaban heridos, y tres muertos.

Creciendo el alboroto se convocó el pueblo todo; tomaronle el paso, que no pudo huir, aunque lo probó á hacer. Por otra parte llegó un destripa-terrones, y dióle con una tranca de puerta en un hombre que le hizo arrodillar; mas no le valió ser hijo de alcalde, que antes que pudiera volver á darle segundo (yéndose para él) de una cuchillada le partió la cabeza por medio, como si fuera de cabrito, dejándole hecho un atun en la playa, rendida la

vida en pago de su desvergüenza. Tantos cargaron por una y otra banda, tanto le acosaron, que no pudiéndose defender, quedó preso. Daraja y doña Elvira vieron el ruido desde su principio y el alboroto de la prision, cómo le ataron las manos atrás con un cordel, cual si fuera igual suyo. Unos y otros lo maltrataron, dándole puñadas, rempujones y coces, haciéndole mil ignominiosas afrentas, con que se vengaban del rendido. ¿Qué cosa fea y torpe, solo de semejantes villanos usada como propia! ¿Qué os parece tal desgracia? ¿Cómo la sentiría la que adoraba su sombra? Esto por una parte, heridos y muertos de la otra, y su honra en medio, que habiendo de saber don Luis el caso, forzoso es preguntaria lo que buscaba Ambrosio en el aldea. En esta confusion sacó de la necesidad consejo, previnose de una carta, y cerrada, la metió en un cofrecillo suyo para cuando viniese don Luis hacer con ella su descargo.

Ya era el otro dia amanecido, y la gente no se sosegaba; habian enviado á la ciudad á dar noticia del caso para que se hiciese la informacion; y venido el escribano, comenzaron á examinar testigos; acudió mucho número dellos (aun sin ser llamados) que los malos para el mal se convidan ellos mismos, y se hacen amigos los enemigos. Unos juraron que con Ozmin venian seis ó siete; otros que salieron de casa de don Luis, y que de la ventana dijeron: «mátalos, mátalos;» otros que estando los del pueblo seguros y quietos, les acometieron; otros que los fueron á sacar de sus casas con desafío, sin haber hombre que jurase verdad. Libreos Dios de villanos, que son tiesos como encinas, y de su misma calidad: el fruto dan á los palos, y antes dejarán arrancarse de cuajo por la raíz, quedando destruidos y sus haciendas asoladas, que dejarse doblar un poco; y si dan en perseguir, serán perjuros mil veces en lo que no les importa una paja, sino solo hacer mal; y es lo malo y peor que piensan los desdichados que así se salvan, y por maravilla se confiesan de aquella ponzoña. Las muertes y heridas quedaron averiguadas, y el hombre cargado de hierro á buen recaudo. Don Luis, cuando lo supo, fué á la aldea, informóse de su hija, dijole lo pasado de la manera que habia sido; preguntósele á Daraja, dijole lo mismo, y que ella envió á llamar á Ambrosio, para darle una carta, que encaminase á Granada, y antes que le pudiera llegar á hablar, lo habian apedreado estas dos noches; de modo que (sin habérsela dado) se le habia quedado escrita. Don Luis le pidió se le enseñase para ver qué podría enviar á decir; y á sus escusas ella hizo como que la pesaba de darla; no fué necesario rogárselo mucho, pues otra cosa no deseaba, y sacándola de donde la tenia, dijo: «dóila, porque se entienda mi verdad, y no se sospeche que escribo cosas dignas de esconderse.» Don Luis la tomó, y queriéndola leer, vió que estaba escrita en arábigo, y no supo. Buscó después quien la leyese, y lo que iba escrito era decir á su padre el cuidado en que vivía por saber de su salud, que ella la tenia; y si el deseo de verle no lo impidiera, estaba la mas contenta y acariciada de don Luis que ninguno de sus hijos; y así le suplicaba, que en reconocimiento desta cortesía y buen hospedaje, lo regalasen con un presente.

Como en semejantes alborotos las dicciones crecen, y cada uno canoniza su presuncion, segun se le antoja, mormuraban de don Luis y de la gente de su casa, y á él se le subia la mostaza en las narices; mas como caballero cuerdo tuvo á mejor disimular con algo, y volver á la ciudad su casa y gente.

Quando sucedieron estas cosas, ya Granada se habia rendido con los partidos que sabemos por las historias, y aun oimos á nuestros padres. Entre los nobles que en ella quedaron fueron los dos consuegros, Alboacén, padre de Ozmin, y el alcaide de Baza: ambos pidieron el bautismo deseando ser cristianos; y siéndolo, el alcaide suplicó á los reyes le diesen licencia para ver á Daraja

su hija; siéndole otorgada, dijeron que le mandarían avisar cómo y cuándo sería. Alboacén, creyendo que su hijo sería muerto ó cautivo, hizo muchas diligencias para informarse dónde pudieran darle alguna nueva; mas nunca descubrió rastro suyo. Estaba tan triste por ello cuanto lo pedía pérdida de tal hijo, solo, de padres principales y ricos. No lo sentía menos el alcaide, pues por su tan verdadero hijo lo tenía como propio padre, y por lo que Daraja sentiría cuando le diesen tan pesadas nuevas. Los reyes por su parte enviaron á Sevilla su mandado, y que luego don Luis partiese á donde estaban, y trajese consigo á Daraja con el respeto que dél confiaban. Vistas las cartas y entendida esta orden, ella quedó fuera de sí por serle forzoso en esta ocasión hacer ausencia, sin saber el fin que había de tener, y el estrecho en que dejaba el preso. Hallóse confusa, imaginativa y triste, llamándose mil veces desdichada sobre la misma desdicha, y la mas lastimada de todas las mujeres. Queriendo atropellarlo todo y perder con su esposo la vida, estuvo perpleja y casi determinada de hacer un atrocísimo yerro, en señal del casto y verdadero amor que á Ozmin tenía; mas era de buen juicio, corrigiendo sus crueles imaginaciones: volviendo sobre sí, determinó fiar sus desdichas en manos de fortuna, su enemiga, esperando el fin que les daba, pues el último mal era la muerte, no quiso desesperarse; mas no pudo la presa del sufrimiento resistir un mar de lágrimas que le reventó de los ojos: todos creyeron era de alegría de volver á su natural, y engañábanse todos: cada uno la alentaba y alguno no la consolaba.

¶ Llegó don Rodrigo á despedirse della, y con el rostro bañado de las cristalinas corrientes de aquellos divinos ojos, le dijo tales palabras: «bien pudiera, señor don Rodrigo, persuadirnos con abundancia de razones á las obras que de vos en esta ocasión pretendo, y de cuyo es cosa tan justa, que ni puedo dejar de pedirla, ni vos de concedérmela por la mucha parte que teneis en ella. Ya sabeis la obligacion de hacer bien á cuánto nos estreche, si como ley natural divina con todos habla, y no hay barbaro que la ignore: esta tiene tanta fuerza cuantas mas razones se allegan, entre las cuales una principal, y no pequeña, es á los que dimos nuestro pan, y bastara para que correspondiendo á quien sois, no fuera mi intercesion necesaria; mas lo que quiero con ella pedir es, que (como sabeis) Ambrosio fué criado de vuestros padres y de los míos: tenémosle por ello particular deuda, y yo mayor, habiéndole puesto por mi culpa en la pena que padece, no teniendo él en ello causa suya mas de mi propio interés; de mi mano está puesto en el peligro de que estoy hecha cargo; si librarne quereis dél, si deseastes mi gusto, si pretendéis obligarme al vuestro para que siempre quede agradecida, ha de ser que cargando sobre vuestro cuidado mi propio deseo, acudais á su libertad, que es la mia, con las veras que os lo suplico: don Luis, mi señor, antes que de aquí conmigo parta, hará su posible diligencia con sus amigos y deudos, para que los unos, ayudados de los otros, en su ausencia me saquen libre desta deuda.» Don Rodrigo se lo prometió, y así se partieron.

¶ Como la pobre señora dejaba en tanto riesgo á su querido esposo, sentía su pena, y tanto mas cuanto mas dél se alejaba; de manera que cuando á Granada llegó, no parecía ser ella. Lleváronla luego á palacio, donde será bien que la dejemos, y volvamos al preso, á quien don Rodrigo favorecía con el ánimo que si fuera su hermano. Don Alonso, como escapó lastimado en los pechos, acostóse mal dispuesto: pero en sabiendo que habían traído el preso á Sevilla, se levantó, y sin sosegar momento solicitaba el pleito cual si fuera suyo mismo; mas como las partes acusasen y fuesen mal intencionados los actores, los muertos y heridos muchos, no lo pudieron defender que no fuese condenado á horca pública. Don Rodri-

go se enojó de que á su padre y á él se perdiera el respeto, aborciendo sin culpa su criado. Por otra parte don Alonso defendía diciendo, no permitirse ni poder ser ahorcado un caballero de noble sangre, tal como Jaime Vives, amigo suyo; que cuando el delito fuera mayor, la distancia de las calidades le salvara la vida, y en especial de muerte de horca, y debiera ser degollado. La justicia quedó confusa sin saber qué fuera el caso; don Rodrigo lo llama criado, y don Alonso amigo; don Rodrigo defiende pidiendo por Ambrosio, y alega don Alonso por Jaime Vives, caballero natural de Zaragoza, que en las fiestas de toros hizo las dos suertes de que toda la ciudad era testigo; y en la justa, siéndole padrino, derribó al un mantenedor, señalando valerosamente su persona. Era la diferencia tanta, los apellidos tan contrarios, las calidades alegadas tan distantes, que para salir desta duda se resolvieron los jueces en tomar su declaración. Preguntáronle si era caballero. Respondió ser noble, de sangre real, pero no llamarse Ambrosio ni Jaime Vives. Pídenle que diga su nombre y califique su persona. Respondió que no por descubrirse escusara la pena; y que habiendo de morir indubitablemente, no era necesario decirlo, ni de importancia padecer una ni otra muerte. Rogáronle dijese si había sido el que don Alonso decía, que tan señalado anduvo en los toros y justa. Respondió ser así; pero no tenía los nombres que decían; y como tan de veras negase su linaje (pareciéndoles hombre de calidad) fuéronse deteniendo algo con él para verificar quién fuese, y porque los dos caballeros lo defendían, y en general toda la ciudad deseaba su libertad y le estaban apasionados. Con esto despacharon á Zaragoza que se averiguara la verdad y supiera su nacimiento; mas habiéndose gastado algunos días en ello y hecho muchas diligencias, no se descubrió quién pudiera ser el caballero de su nombre ni señas. Traído este mal despacho, aunque le importunaron sus amigos y la justicia le requirió diversas veces que se calificara, jamás lo quiso hacer ni fué posible. Así (pasados los términos) los jueces, muy contra su voluntad, condolidos de tanta mocedad y valentia, no pudiendo dejar de hacer justicia, siendo con importunacion pedida de los contrarios, confirmaron la sentencia.

¶ Daraja ni sus padres no dormían en cuanto esto pasaba, que ya tenían hecha relación á sus altezas de todo el caso, y estaban informados de la verdad. Dábanseles memoriales por momentos. Daraja personalmente solicitaba la vida de su esposo, pidiéndola de merced, y nada se respondía; pero secretamente despacharon luego á don Luis con su real provision á las justicias, para que en el estado que aquel pleito estuviese, originalmente con el preso se lo entregasen, que así convenia á su servicio. Don Luis partió con mucha diligencia, como le fué mandado; y la pobre Daraja, padre y suegro, se deshacían en lágrimas, considerando la priesa que la justicia se daría en despachar al pobre caballero, y que á sus peticiones y merced suplicada se respondiese con tanto espacio. No sabían qué decir de dilacion semejante, sin darles alguna buena ni mala respuesta, ni esperanza. Causábales mucha pena, no alcanzaban lance con que remediarlo, ni lo habían dejado por intentar, porque temían sobre todo el peligro en la tardanza.

¶ En cuanto en esto vacilaban, ya (como dije) don Luis caminaba muy apriesa y con mucho secreto. El entraba por las puertas de Sevilla, Ozmin salía por las de la cárcel á ser justiciado; las calles y plazas por donde lo pasaban estaban llenas de gente; todo el lugar con gran alboroto; no había persona que no llorase, viendo un manecbo tan de buen talle y rostro, valiente y bien quisto por los famosos hechos que públicamente hizo; y mayor dolor ponían ver que moría sin querer confesar. Todos creían lo hacía por escapar ó dilatar la vida; mas palabra no hablaba ni tristeza mostraba en el rostro, antes con sem-

blante casi risueño iba mirando á todos. Paráronse con él un poco para persuadirlo á que confesase, y no quisiese así perder el alma con el cuerpo; á nada respondía, y á todo callaba. Estando así todos en esta confusion, y la ciudad esperando el espectáculo triste, llegó don Luis apartando la gente para impedir la ejecucion. Los alguaciles creyeron era resistencia; pero con el temor que le tenían, por ser arriscado y poderoso caballero, desamparando á Ozmin (con gran alboroto) fueron á dar cuenta de lo pasado á sus mayores. Ellos venían á saber qué pudiera causar desacato semejante. Salióles don Luis al encuentro con el preso, enseñóles la orden y recaudo de los reyes, que con gran gusto fué dellos obedecida; y con mucho acompañamiento de todos los caballeros de aquella ciudad, y comun alegría della, llevaron á Ozmin á casa de don Luis, haciendo aquella noche una galana máscara, poniendo muchas hachas y luminarias en calles y ventanas por el general contento y en señal de regocijo: quisieran hacerlas públicas aquellos días, porque se supo entonces quién era; mas don Luis no dió lugar á ello; que guardando instruccion, se partió con el preso luego por la mañana, llevándolo muy regalado.

¶ Habiendo llegado á Granada, lo tuvo consigo secretamente algunos días hasta que sus altezas le mandaron lo llevase á palacio. Cuando lo pusieron en su presencia, holgaron de verlo; y teniéndolo ante sí, mandaron salir á Daraja. Viéndose los dos en lugar semejante y tan ajenos dello, podrá por tu pecho ser juez de la no pensada alegría que recibieron, y lo que cada uno dellos pudiera sentir. La reina se adelantó diciéndoles cómo sus padres eran cristianos, aunque ya Daraja lo sabía; pidióles, que si ellos lo querían ser, les haría mucha merced; mas que el amor ni temor los obligase, sino solamente el de Dios y de salvarse; porque de cualquier manera, desde aquel punto se les daba libertad para que de sus personas y hacienda dispusiesen á su voluntad. Ozmin quisiera responder por todas las coyunturas de su cuerpo, haciéndose lenguas con que rendir las gracias de tan alto beneficio; y diciendo que quería ser bautizado, pidió lo mismo en pre-

sencia de los reyes á su esposa Daraja, que los ojos no había quitado de su esposo, teniéndolos vertiendo suaves lágrimas; volviéndolos entonces con ellas á los reyes, dijo: que pues la voluntad de Dios había sido darles verdadera luz, trayéndolos á su conocimiento por tan ásperos caminos, estaba dispuesta de verdadero corazón á lo mismo, y á la obediencia de los reyes, sus señores, en cuyo amparo y reales manos ponía sus cosas. Así fueron bautizados, llamándolos á él Fernando y á ella Isabel, segun sus altezas, que fueron los padrinos de pila, y luego á pocos días de sus bodas, haciéndoles cumplidas mercedes en aquella ciudad, adonde habitaron y tuvieron ilustre generacion.

Con gran silencio venimos escuchando aquesta historia, cuando llegamos á vista de Cazalla, que pareció haberla medido al justo, aunque mas dilatada, y con alma diferente nos lo dijo de lo que yo la he contado. El arriero, que estuvo mudo desde que se comenzó (aunque todos también lo veníamos) ya habló, y lo primero fué decir: «ea, señores, apéense, que he de ir por esta senda á los lugares; y á mí me dijo:» y el señor mancebito, hagamos cuenta? Aun este trago me quedaba por pasar, dije entre mí, porque creí haber sido amistad lo pasado; cortéme, no supe qué responder otra cosa mas de preguntarle qué le debía por la caballería de nueve leguas. Deme lo que mandare cómo estos señores. De la mesa y posada montó tres reales; hizoseme caro el vientre del machuelo; demás que para pagarlo no había dinero; dijele: «hermano, lo del escote véislo aquí, pero la caballería no la debo, que vos me convidásteis con ella sin pediroslo.—Aun eso sería el diablo, si quisiese haber venido caballero de balde, volvió á replicar. Comenzamos á barajar sobre ello, pusieronse los clérigos de por medio, condenáronme que pagase la cebada de mi jumento de aquella noche; paguéla y hice balance de cuenta con la bolsa, sin dejar en ella mas de veinte maravedis, con que me ajusté aquella noche; el mozo se fué á su hacienda, los clérigos y yo entramos en Cazalla, donde nos despedimos, yéndose cada uno por su parte.

LIBRO SEGUNDO.

TRÁTASE CÓMO VINO Á SER PÍCARO, Y LO QUE SIÉNDOLO LE SUCEDIÓ.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo Guzmán de Alfarache, saliendo de Cazalla á la vuelta de Madrid, en el camino sirvió á un ventero.

Vésmo aquí en Cazalla, doce leguas de Sevilla, lunes de mañana; la bolsa apurada y con ella la paciencia, sin remedio y causado ladrón en profecía. El día primero sentí mucho, aunque mas el segundo, porque creció el cuidado y llovió sobre mojado, había y comía, que los duelos con pan son buenos. Bueno es tener padre, bueno es tener madre, pero el comer todo lo tapa. El día tercero fué casi de muerte, cargó todo junto; halléme como perro flaco ladrado de los otros, que á todos enseñan dientes, todos le cercan y acometiendo á todos, á ninguno muerde; trabajos me ladraron, teniéndome rodeado; todos me picaban, y mas que otro no haber que gastar ni modo con que buscar el ordinario. Conoci entonces lo que es una blanca, y cómo el que no la gana no la estima ni sabe lo que vale en tanto que no le falta. Fué la primera vez que vi á la necesidad su cara de hereje.

¶ Por cifra entendí, aunque después he considerado sus efectos; cuántos torpes actos acomete! cuántas atrocidades imaginaciones representa! cuántas infamias solicita!

¡cuántos disparates espolea! ¡cuántos imposibles intenta! Con este he visto lo poco de que se contenta nuestra madre naturaleza, y por mucho que á todos dé, ninguno está contento, y todos viven pobres, publicando necesidad. ¡Oh epicureo! ¡desbaratado prodigio, que locamente dices, comer tantos millares de ducados de renta! Dí que los tienes, y no que los comes; y si los comes ¿de qué te quejas? Pues no eres mas hombre que yo, á quien podrías lantejas, cocosas habas, duro garbanzo y arratonado bizcocho tienen gordo; no me dirás ó darás razon, qué lo cause? Y no la sé; mas ya tengas necesidad ó te pongas en ella (que es lo que mejor puede creerse) allá te lo hayas, mis duelos llora; ella es maestra de todas las cosas, invencionera sutil por quien hablan los tordos, picazas, grajos y papagayos. Vi claramente cómo la contraria fortuna hace á los hombres prudentes; en aquel punto me pareció habersentido una nueva luz, que como en claro espejo me representó lo pasado, presente y venidero. Hasta hoy había sido bozal, cuadrábame bien el nombre, *hijo de la viuda bien consentido y mal dotrimado*. Tenía mucho por desbastar; el primer golpe de azuela fué el deste trabajo; de manera me escoció, que no lo sé